



Fábula de Alfeo y Aretusa

José Antonio Porcel

Canto el amor del despreciado Alfeo,
cuyas quejas dulcísimas, dolientes,
por las amargas ondas de Nereo
aún oyen de Aretusa las corrientes.
Pues tú, délfico dios, otro deseo
siguiendo vas con círculos lucientes,
haz que en estas mis cláusulas sonoras
yo me corone del desdén que lloras.

Tú, de Arellano honor, Mecenas mío,
que aman las Musas y prohija Astrea,
que el caudaloso Betis, patrio río,
lleno de lustres saludar desea;
este mi ocio escucha, si es que fío
lo grave dividir de tu tarea;
logre yo tus favores entre tanto
que los desdenes de Aretusa canto.

Del dios rey de las aguas hija era
ninfa de Acaya, a quien la esquivada,
cuando desde el Eurota va a su esfera,
deja el dominio de la selva umbrosa,
que en la tropa de Oréades ligera,
siendo la más gentil, la más hermosa,
aun ausente de Febo la alta hermana,
no desean las selvas a Diana.

No ilustró del Taigeto la escabrosa
cumbre ninfa más bella, pues la frente

en cada estrella vence luminosa
los ojos, que abre al cielo transparente;
de cuanto en sus mejillas mezcla hermosa
hizo con el jazmín, clavel ardiente,
queda uno, que en dos hojas se señala,
que encierra perlas, y ámbar exhala.

Bajando al pecho de su blanco cuello,
mucho nieve en dos partes dividía,
sobre cuyo candor suelto el cabello,
las hebras de oro el viento confundía;
así inunda de rayos el sol bello,
nevado escollo al despuntar del día;
de sus manos, en fin, son los albores
incendios de cristal, hielos de ardores.

Ésta, de Venus inmortal desdoro,
dejándole a la espalda el peso leve
del ebúrneo carcaj y flechas de oro,
éstas ajusta al arco, que las mueve;
penetra el bosque, y el errante coro
cede al aplauso que a Aretusa debe,
porque usurpa a las glorias de Atalanta
lo cierto el tiro, lo veloz la planta.

Igualmente partiendo su carrera,
el sol las blancas horas encendía,
cuando Aretusa, que corrió ligera
los arduos montes y la selva umbría,
fatigada descende a la ribera,
y en su encendida nieve permitía
que en más bello cenit, con más auroras,
el sol hiciese las ardientes horas.

Por laberinto de álamos frondoso,
de verdes sauces por estancia amena,
profundo un río corre silencioso,
o se desliza con quietud serena;
de éste un remanso advierte delicioso,
que no le esconde la menuda arena,
pues contaba en sus senos transparentes
uno a uno sus cálculos lucientes.

La calurosa ninfa, que procura
término a sus afanes deseado,
solicita registra la espesura,
por si alguno la advierte Acteón osado;
la soledad el sitio le asegura,
y habiendo sus despojos confiado
de un sauce, dio al cristal el blanco bulto,

donde quedó cubierto, mas no oculto.

En el claro remanso, no lasciva,
o se abate, o se eleva, o se recrea,
pareciendo en la espuma fugitiva
segunda de las ondas Citerea;
sus brazos (blancos remos, en que estriba)
cortan las aguas, y si lisonjea
el viento de sus hebras el tesoro,
bajel es de marfil, con velas de oro.

En hondas grutas de cristal luciente
el dios Alfeo, entonces sosegado,
oye turbar sus aguas, y la frente
alzó, de verdes cañas coronado;
mira la blanca ninfa, mira, y siente
dulces incendios en su pecho helado;
y suspensos sus rápidos cristales,
así siente su amor, así sus males:

«Si piensas, ninfa bella, que no dura
un instantáneo amor, y excusas fiera
el bien que me promete esta ventura,
para crecer, amor tiempos no espera.
Si el ver y el adorar una hermosura
son dos cosas, ninguna es la primera;
yo te vi, yo te amé, y otros amantes
no te adoraron más, te amaron antes.

»Calurosa y cansada, tus fatigas
recibieron benignas mis arenas;
dulcemente en mis aguas ya mitigas
el calor y el cansancio, y no mis penas;
ya que en mi propia urna tú me obligas
a beber el veneno que en mis venas
arde, reciproquemos los favores:
mitiguen tus cristales mi ardores.

»Dueño soy (si soy tuyo ¡qué fortuna!)
de cuanto engendra la ribera amena;
mil arroyuelos desde su alta cuna
bajan su plata a mi dorada arena;
contéplase en mí el sol, la errante luna
aun no se mueve en mi quietud serena;
mas ¿para qué número bienes tales,
si ya sólo soy dueño de mis males?»

Dice; y lascivo apenas se adelanta,
cuando ella de sus ondas se le exime
intrépida, fiando a veloz planta

nobles defensas, que el amante gime;
mas, como aunque a Aretusa en fuga tanta
alas preste el desdén, nunca reprime
sus esfuerzos Amor, que es dios alado,
vuela ella esquiva, y él enamorado.

«Aguarda, espera», dice; «oh ninfa, tente.
¡Oh si el amor un muro te opusiera!
Teme de áspid dormido el mortal diente,
cuando no el pomo de oro en tu carrera;
más ¡ay de mí! que ni el metal luciente,
ni el veneno mortal te suspendiera,
pues no detuvo ya tu pie divino
mi pena más mortal, mi amor más fino».

Sorda Aretusa, y más veloz que el viento,
huye, y el dios, que en vano ya la nombra,
tanto se adelantó en su seguimiento,
que una vez abrazó la amada sombra;
del fatigado pecho el recio aliento
el tierno oído de la ninfa asombra;
y como el dios acuoso la seguía,
creyó que húmedo el austro la impelía.

Así afligida con el riesgo instante
la casta compañera de Diana,
contra el esfuerzo del insano amante,
a su deidad apela soberana.
«Oh diosa», dice, «si guardé constante
tus santas leyes, y si aplausos gana
tu decoro, defiende de este impío
mi honor por tuyo, cuando no por mío».

La diosa, conmovida al justo lloro,
de opaca y densa niebla rodeada,
la oculta, y luego la madeja de oro
corre en hilos de plata liquidada;
no de coral, de aljófar es tesoro
la sangre de las venas desatada,
y al deshacerse en los cristales puros,
bullen la blanda carne y huesos duros.

Entre tanto, cual dando vueltas ciento,
en alta noche el can infiel dormido,
a espacioso redil el lobo hambriento
aúlla, y crece el mísero balido;
tal gira en tornos, firme aún en su intento,
la opuesta nube el dios; y más rendido,
por si su ingrata bella aún no se excusa,
«¡oh mi Aretusa», clama, «oh mi Aretusa!»

Desató el viento, en fin, la niebla fría,
dejando en descubierto al triste Alfeo,
fuente ya, a aquella por quien su porfía
torpes delicias prometió al deseo.
Vuelve a sus aguas, nunca a su alegría;
aunque, por corto de su dicha empleo,
le conceden que junte en su corriente
de su amada Aretusa con la fuente.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

